

Domingo III de Pascua Ciclo B



14 de abril de 2024

Hech 3, 3-15.17-19

Sal 4

1Jn 2,1-5

Lc 24,35-48

P. Eduardo Suanzes, msps

Una vez más la liturgia nos presenta en un domingo de Pascua (ahora, el tercero) los relatos que sucedieron en el primer día de la resurrección.

Jesús no está con los discípulos..., parece que ha quedado atrás y, por tanto, todo se desmorona: las esperanzas, las ilusiones, la perspectiva de una vida nueva y distinta, tal como Jesús les había contado y que ellos mismos habían vivido: todo condenado al fracaso. Otra vez todo se sale del cálculo y de las previsiones; otra vez lo inesperado. Es difícil pasar en poco tiempo de la desilusión a la ilusión, del más terrible desencanto ante el misterio de la cruz y de la muerte a la exaltación más exuberante y difícilmente sostenible de la resurrección¹. Dos de ellos se han ido a su aldea, ¡pero ahora regresan alborotados contando una experiencia con Jesús vivo!

La vivencia de lo que estaban experimentando los Once se parecía mucho a aquella otra de cuando bogaban en el lago luchando contra el mar encrespado. Tal vez el sentimiento de Pedro (como el de los otros discípulos) se parecía mucho a este: « ¿Por qué no aparece como aquella vez, cuando la tormenta era tan amenazante y me dijo que fuera a él caminando por las aguas? Al principio, llenos de terror, lo confundimos con un fantasma: ¡si pareciera que aquel momento era una profecía de lo que ahora nos está pasando! Entonces nos dijo: «*No tengan miedo, soy Yo*». Le pedí ir hacia él, pues no me lo podía creer, pero cuando me hundía estiró su mano para asirme y, sonriendo, me llamó hombre de poca fe...Y ahora, otra vez me hundo, me hundo sin remedio, porque él no está, ya no está...».

Y de repente Jesús aparece ante sus discípulos y es confundido (otra vez) con alguien intangible, etéreo, impreciso, demasiado estupendo para que sea real. La presencia de Jesús provoca de nuevo pánico al principio. Si nos damos cuenta, el narrador hace subrayar dos rasgos psicológicos en los discípulos: la turbación y las dudas por las noticias que van llegando de parte de los de Emaús. Es el no creer de pura alegría por sentirse salvados, acompañados por Jesús: como quien no quiere entregarse a una buena noticia por miedo a ser otra vez defraudado...de nuevo según sus expectativas. Demasiado bonito para ser cierto, diríamos nosotros. Si a pesar de todo, siguen teniendo miedo, quiere decir que no fue fácil comprender que la Vida puede vencer a la muerte.

El evangelio no quiere informarnos de lo que pasó una vez, sino de lo que está pasando cada día, a los seguidores de Jesús. ¡Ese episodio se da tanto en mi vida!

¹ SERGIO GARCÍA, MSps. *III Domingo de Pascua*. 15 de abril de 2018

Es Jesús quien toma la iniciativa, como siempre. En aquel episodio que recordaba Pedro del caminar sobre las aguas de Jesús, éste se acercaba a los discípulos en la barca sumidos en una borrasca interior imponente: y Jesús no los quiere de dejar solos; hará lo que sea para alcanzarlos. Ahora los Once encerrados son visitados por Jesús para ser confortados y vuelve a resonar aquello de «*no teman, soy yo*», ante la creencia de estar viendo un fantasma.

En este sutil matiz, podemos descubrir una pista para explicar lo que sucedió a los primeros seguidores de Jesús. La muerte les destrozó, y pensaron que todo había terminado; pero a nivel subconsciente, permaneció un rescoldo que terminó siendo más fuerte que las evidencias tangibles.

Los Once no podían sospechar que aquello que esperaban, se había cumplido. Fíjense bien, cómo refleja esa frase nuestra propia decepción. Esperábamos que la Iglesia... Esperábamos que el Obispo... esperábamos que el Concilio... Esperábamos que el Papa... Esperamos lo que nadie puede darnos y surge la desilusión. ***Y sin embargo, lo que Dios puede darnos ya lo tenemos. El desengaño es fruto de una falsa esperanza. Por no esperar lo que Jesús da, la desilusión está asegurada.*** Así también los discípulos en aquella otra ocasión esperaban que el pueblo proclamara a Jesús Rey; pero él se apartó de esas pretensiones y se fue al monte solo a orar. Entonces los discípulos decepcionados decidieron montarse en una barca (que no era la de Jesús) y decidieron dejarlo todo y volver a Cafarnaún dejando a Jesús solo en el lugar.

Ahora Jesús ha muerto: sus esperanzas definitivamente se han perdido para siempre. ¿Lo que dicen las mujeres? ¿Co que dicen estos de Emaús? ¿Será cierto? ¿Cómo saberlo? Pero Jesús, a pesar de la infidelidad, de la negación de uno, del abandono de todos, de la traición de Judas, nunca los dejará solos y hará lo imposible para reencontrarse de nuevo con ellos.

No es Jesús el que cambia para que le reconozcan, son los ojos de los discípulos los que se abren y se capacitan para reconocerle. No han de verle como un fantasma: «*miren mis manos, mis pies, soy yo en persona*» No les dice que le miren a la cara, sino a los signos de su entrega hasta la muerte: esa es la señal para reconocerlo: La Cruz. No se trata de ver algo nuevo, sino de ver con ojos nuevos lo que tenían delante. No es la realidad la que debe cambiar para que nosotros la aceptemos. ***Somos nosotros los que tenemos que descubrir la realidad de Jesús Vivo***, que tenemos delante de los ojos, pero que no vemos. Hay momentos y lugares donde se hace presente Jesús de manera especial, si de verdad sabemos mirar.

El mayor obstáculo para encontrar a Cristo hoy, es creer que ya lo tenemos. Los discípulos creían haber conocido a Jesús cuando vivieron con él; pero aquel Jesús que creían ver, no era el auténtico. Solo cuando el falso Jesús desaparece, se ven obligados a buscar al verdadero. A nosotros nos pasa lo mismo. Conocemos a Jesús desde la primera comunión, por eso no necesitamos buscarle. El verdadero Jesús es nuestro compañero de viaje, y es necesario reconocerlo en todo aquel que se cruza en nuestro camino.